

## 067. Hambre de pan y hambre de Dios

Todos sabemos, y se nos repite cada día de mil modos, que la peor de las enfermedades que padece la humanidad es el hambre. El hambre lleva más víctimas al sepulcro que todas las enfermedades juntas.

Un hecho tan evidente, nos hace preguntarnos: ¿Qué hizo Jesucristo, y qué hace la Iglesia ante semejante realidad? Jesucristo no fue un sociopolítico que se metiera en el asunto, por más que sus ojos contemplaban en sus días una situación muy semejante a la nuestra, y seguramente peor que la nuestra.

Pero Jesús no se cruzó de brazos, realizó un signo clamoroso y extendió su doctrina a otro campo. Dos objetivos con un solo hecho en su doble aspecto: hay que saciar el hambre de pan y hay que saciar el hambre de Dios. Estamos tan necesitados del pan para el cuerpo, como del Pan del Cielo para la vida eterna.

El primer acto de ese hecho tan singular de Jesucristo, fue decir ante las turbas: *Me da compasión esta pobre gente, porque llevan ya tres días sin comer. Y encarga a los Doce: Dadles de comer vosotros. Y entre el milagro que sale de sus manos y la acción de los apóstoles, queda saciada el hambre de más de cinco mil hombres sin contar las mujeres y los niños. Pan material que no es más que un signo de otro Pan sobrenatural.*

Porque al día siguiente se desarrolla el acto segundo de aquel hecho portentoso. En la sinagoga de Cafarnaúm: *Trabajad, no por el pan que perece, sino por el que dura hasta la vida eterna, pan que ha bajado del Cielo, y que yo os daré, para que quien lo coma viva eternamente.*

El pan del Cielo ha quedado figurado en el pan material. El hombre necesita uno y otro, y Jesucristo encarga a su Iglesia que se preocupe de la nutrición de los cuerpos y de las almas: que dé de comer al hombre entero.

A un sacerdote algo soñador le preguntamos un día en el grupo: *¿Qué nos inspira usted que hagamos por la Parroquia?* Y él, con sus fantasías de siempre:

*- Lo que quiero yo. Durante el día, mientras ganáis para vosotros, a llenar también de pan o tortilla, maíz y frijoles, huevos y un trozo de carne, todas las mesas de nuestros pobres hambrientos. Y al atardecer, os espero en la iglesia para daros yo en abundancia, a todos, a los pobres y a vosotros, el Pan del Cielo, en lo cual soy un experto, os lo aseguro...*

Hay que captar el sentido de las palabras de Jesús a los Apóstoles: *Dadles vosotros de comer.* La Iglesia lo entiende muy bien, y con su predicación y con los medios a su alcance, cumple esta misión.

Sobre todo, la Iglesia —con el poder que Jesucristo le confirió al decirle: *Tomad y comed: Esto es mi cuerpo, ésta es mi sangre. Haced lo que yo he hecho como memorial mío*— dará a sus hijos el Pan que les asegura la vida eterna.

A la luz de estos dos principios, entendemos ese canto precioso —lo pongo como un ejemplo— con que empezamos muchas veces nuestras asambleas eucarísticas:

*- Alrededor de tu mesa venimos a recordar que tu Palabra es camino, tu Cuerpo fraternidad.*

La palabra de Jesús es la luz que nos ilumina en el sendero. La escuchamos, y nos convencemos de la verdad de nuestra fe. Entonces, como creemos en la palabra de Jesús

que nos dice: *Tomad: mi carne, mi sangre... Haced esto que yo hago*, celebramos la Eucaristía. La Palabra nos lleva a la Eucaristía, y Eucaristía y Palabra hacen la Iglesia. La Iglesia no subsistiría sin esos dos elementos capitales.

Al hacer esto en un acto comunitario, con todos los hermanos reunidos, vemos que es imposible celebrar la Eucaristía sin la misma fe y sin el mismo amor. ¿Y puede haber la misma fe si unos niegan la Palabra de Jesús, si no creen todo lo que el Señor dijo y enseñó? ¿Y puede haber amor si unos tienen de todo y otros no tienen nada para su subsistencia?

La Iglesia, a nivel de Magisterio, predica sobre la caridad, reclama la justicia, remueve las conciencias:

- *¡Son muchos los que padecen hambre, y el Señor nos dice que somos nosotros los que debemos darles de comer!*

La Iglesia, conocedora de su responsabilidad, y entendido el mandato de Jesús de que nos espabilemos para matar el hambre de los estómagos vacíos, intimará a sus hijos —a los laicos especialmente, como misión propia de ellos—, que trabajen en medio de las estructuras sociales para hacerlas más justas, a fin de que los hombres no padezcan tanto la peor de las enfermedades como es el hambre. ¡Que no mueran tantos prematuramente! ¡Que no mueran, sobre todo, tantos niños por falta de suficiente nutrición!

Entonces, cumplido ese encargo del Señor, continuamente nos recordará la Iglesia: ¿Y el hambre de las almas? ¿Quién sino Jesucristo lo puede saciar? Y si Jesucristo nos deja para saciarlo su propio Cuerpo y su propia Sangre en el Sacramento, ¿puede admitirse dentro la apatía o pereza para comulgar? Con palabras de la Biblia, la Iglesia clamará siempre con insistencia ante la Eucaristía: - *¡Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he preparado!* (Prov. 9,5)

Llevados de nuestra sensibilidad, no queremos en el mundo ni el hambre de los cuerpos ni el hambre de las almas. ¡Que a todos llegue el pan de nuestros trigales! ¡Que a todos llegue el Pan que Dios hace llover desde el Cielo sobre el altar! Sería un espectáculo formidable contemplar a las multitudes disfrutando de una salud robusta en los cuerpos y de una salud preciosa en las almas.

La tierra produce para todos pan suficiente, pero hay que repartirlo bien y hacer que les llegue a todos. Por eso pedimos: *Danos hoy nuestro pan de cada día*. La Iglesia dispone cada día la mesa en la que se amontonan las Hostias blanquísimas: es sólo cuestión de buen apetito en los cristianos. Por eso pedimos también: *¡Señor, danos siempre ese tu Pan!...*